

KRISTAN HIGGINS

Solo un chico más



Ser tratada como si fuera un chico más no era tan divertido como podría parecer, de modo que tras volver a su ciudad natal, la periodista Chastity O'Neill decidió que ya iba siendo hora de utilizar sus armas de mujer. Sin embargo, tenía dos pequeños problemas: en primer lugar, Chastity era una fuerza femenina de un metro ochenta y fuerte como una roca, y, en segundo lugar, tenía cuatro hermanos mayores, que seguían tratándola como si fuera uno más del grupo.

Mientras estaba haciendo un reportaje sobre los héroes de la ciudad, conoció a un atractivo doctor y las cosas comenzaron a mejorar. Ya solo tendría que olvidarse definitivamente de Trevor Meade, su primer amor y la única relación que todavía no había superado.

Pero cuanto más tiempo pasaba con su doctor, más pensaba en el irresistible Trevor. Aunque parecía que él sí que había superado su amor de juventud.

Para Terence Keenan. Marido, padre y bombero.
En ese orden.

Como siempre, quiero dar las gracias a Maria Carvainis, mi amable y brillante agente.

A Tracy Farrell y a Keyren Gerlach por su apoyo y por el entusiasmo mostrado por el libro.

A Rose Morris, mi querida amiga y una perfecta lectora. Y a Beth Emery, entrenadora de un equipo femenino de la Universidad de Wesleyan que contestó pacientemente a todas mis preguntas sobre remo deportivo.

Y, en especial, quiero dar las gracias a Terence Keenan, mi adorado marido, que me aconsejó, rio y cocinó mientras yo escribía este libro, y a mis dos maravillosos hijos. Vosotros tres sois los amores de mi vida.

Capítulo 1

—Creo que deberíamos dejar de vernos.

Me quedo boquiabierta, inhalo con fuerza y succiono el esponjoso champiñón que acabo de meterme en la boca directamente hasta mi esófago. Jason continúa hablando, ajeno a mi tragedia.

—Todo ha seguido su curso, ¿no te parece? Quiero decir, no es que hayamos...

Parece que el pequeño canal de conducción de la respiración está completamente taponado. Los ojos se me llenan de lágrimas, siento que mi pecho se convulsiona.

«Antes de romper conmigo, Jason, ¿te importaría practicar la maniobra de comprensión abdominal?», pienso. Doy un golpe en la mesa, haciendo temblar los platos y los cubiertos, pero Jason da por sentado que mi reacción se debe a mi corazón roto y no a la falta de oxígeno. Desvía la mirada.

Voy a morir asesinada por un aperitivo. Sabía que no debería haberlo pedido, pero en el Emo's preparan unos champiñones empapados en mantequilla con trocitos de ajo y perejil deliciosos y... «lo que tienes que hacer ahora es respirar. Deja la comida para más tarde». Crece la tensión en mi cuello, cierro el puño, lo coloco en cuña justo debajo de mi esternón y me presiono yo misma contra la mesa. El champiñón sale disparado, golpea contra el vaso y cae definitivamente sobre el mantel blanco. Tomo una enorme bocanada de aire y comienzo a toser.

Jason mira el champiñón con desagrado y, sin pensar en lo que hago, lo agarro, lo envuelvo en una servilleta y tomo

otra bocanada de aire. La respiración es algo que no está suficientemente valorado.

—¡Me estaba atragantando, idiota! —consigo resollar.

—¡Ah! Lo siento. Bueno, ahora parece que estás bien.

Si ya me resulta suficientemente difícil creer que he estado saliendo con Jason, más difícil todavía es pensar que es él el que me está dejando. ¡Dejarme! ¡Debería ser yo la que le dejara a él!

Miro la servilleta arrugada que contiene el objeto que ha estado a punto de matarme. Y al pobre camarero que tendrá que tratar con ella. ¿Debería advertirle? Si no lo hago, es posible que, inocente e inconsciente, sacuda la servilleta y el champiñón salga volando, aterrice en el suelo y quizá termine siendo aplastado por un zapato...

«Concéntrate, Chastity, concéntrate. Te están dejando. Por lo menos intenta averiguar por qué».

—Bueno Jason, me parece bien. Quiero decir que, bueno, está claro que lo nuestro no fue amor a primera vista. Pero, aparte de eso, ¿te importaría explicarme exactamente por qué me dejas?

Jason, con el que llevo saliendo unas tres semanas, bebe un sorbo de vino y fija la mirada por encima de mi cabeza.

—¿Es necesario que diseccionemos nuestra relación, Chastity?

—Bueno, considéralo como parte de mi necesidad de recopilar información. Soy periodista, ¿recuerdas?

Intento esbozar una sonrisa, pero lo cierto es que ahora mismo no me siento particularmente amable. Por lo menos con Jason.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, de verdad quiero saberlo.

Me interrumpo, sintiendo que el rubor comienza a ascender desde mi pecho. En nuestra corta relación ha habido una patente falta de interés, por decirlo suavemente, pero yo pensaba que el malestar era, sobre todo, por mi

parte. Más que ninguna otra cosa, ahora el problema es el orgullo herido. Esta es mi cuarta cita con Jason. Él vive en Albany. Es un poco complicado conducir hasta allí y a veces, a ninguno de los dos nos apetecía. Aun así, no imaginaba que esto fuera a pasar.

Jason parece estar buscando algo con la lengua cerca de uno de sus molares posteriores. Contorsiona los labios y aparece una protuberancia en su mejilla. Me descubro deseando que también él se atragante. Me parece justo. Todavía no se ha tomado la molestia de mirarme a los ojos.

—De acuerdo —consiente, abandonando lo que fuera que tuviera en la muela para su posterior disfrute—. ¿Quieres saber el motivo? Sencillamente, no te encuentro suficientemente atractiva. Lo siento.

Vuelvo a quedarme boquiabierta.

—¡Que no me encuentras atractiva! Que no soy... ¡Pero si soy muy atractiva!

Jason eleva los ojos al cielo.

—Sí, claro, atractiva como un hombre. Con unos hombros como esos, podrías encontrar trabajo en el muelle.

—¡Me gusta remar! —protesto—. Soy una mujer fuerte. Se supone que eso es sexy.

—Es posible, pero la verdad es que saber que puedes levantarme en brazos no me enciende precisamente la libido.

—¡Estábamos haciendo el tonto! —protesto.

De hecho, ese fue uno de los pocos momentos divertidos de nuestra relación. Estábamos de excursión y cuando él se quejó de que estaba cansado, me lo eché a la espalda. Y fin de la historia.

—Me llevaste a caballito durante dos kilómetros, Chastity. Eso es algo propio de un sherpa, no de una novia.

—¡Yo no tengo la culpa de que no seas capaz de aguantar ni una ruta de unos míseros veinte kilómetros!

—Y, además, otra cosa, gritas.

—¡Yo no grito! —grito, e inmediatamente me contengo—. Tengo cuatro hermanos —añado en un tono mucho más quedo—. No siempre es fácil hacerse oír.

—No tiene ningún sentido seguir insistiendo. Lo siento. Sencillamente, no te encuentro atractiva, Chastity.

—Muy bien. Pues, por si te interesa, yo creo que necesitas bañarte más a menudo, Jason. Todo ese estilo grunge-pachulí es más propio de los noventa —no es una mala respuesta, pero, aun así, me arde la cara.

—Como tú digas. Toma —saca la cartera y deja varios billetes encima de la mesa—. Con esto queda cubierta mi parte. Cuídate —se levanta de la silla.

—¿Jason? —le digo.

—¿Sí?

—Tu forma de lanzar piedras es como de chica.

Jason eleva los ojos al cielo y se va.

En realidad, no me importa. Al fin y al cabo, no era el hombre de mi vida. Era, simplemente, un experimento. Una manera de comenzar a meter el pie en el mundo de las citas en el norte del estado de Nueva York. La buena noticia es que ya no tendré que volver a ver esas piernas pecosas y sin pelos. Ni tendré que verle cortar la comida en trozos diminutos que mastica interminablemente hasta convertirlos en saliva. Ni tendré que soportar ese extraño silbido que hace continuamente al respirar y del que no es en absoluto consciente. Y, para colmo, apenas mide un metro setenta y cinco. Es casi cinco centímetros más bajo que yo.

Muy bien. Aparto los champiñones, ¿quién va a tener hambre en un momento como este?, y vació la copa de vino. Así que no soy atractiva. Caramba. ¿Cómo se atreve a decir una cosa así? Precisamente un bobo esquelético, pálido, con un pelo que parece sacado de una mopa que tuvo la ocurrencia de pedirme salir. ¡Fue él el que empezó! Yo no me arrojé a sus brazos. Ni le secuestré. No llevábamos bolsas en las cabezas, ni esposas, ni íbamos atados en el coche. No tuve que clavar una estaca en el sótano de mi casa

para encadenarlo. ¿Por qué decide de pronto que no soy atractiva?

Eso no significa nada, me digo a mí misma. Jason no significa nada para mí. Es solo que es el primer tipo con el que salgo desde que he vuelto a mi ciudad. Y, bueno, ahora que pienso en ello, también es el primer tipo con el que salgo desde hace... ¡vaya! Mucho tiempo. Así que Jason venía a ser algo así como la rana a la que besaba para ver si se convertía en príncipe. Quería sentar cabeza, de eso estaba segura. A lo mejor estoy comenzando a sentir la presión de casarme y tener los cuatro hijos que siempre he querido.

Tengo casi treinta y un años y esos son los peores años para una mujer como yo. ¿Qué fue de todos esos tipos con los que salí cuando tenía veintitantos? ¿En la universidad? ¿En el periódico? Debe de haber una línea que cruzamos las mujeres. Salimos de la universidad, comenzamos a trabajar y en esa época somos fabulosas. Pero tras unos cuantos años de carrera profesional a las espaldas, ¡cuidado, chicos! ¡Ahora quiere casarse!

Miro furtivamente alrededor del restaurante, esperando encontrar algo que me sirva de distracción. El Emo's está muy lleno esta noche: hay familias, parejas de todas las edades y grupos de amigos. Mi recientemente conquistado estatus de mujer abandonada parece estar siendo retransmitido por todo el restaurante. Es preferible esta situación a estar con Jason, pero aun así, soy la única persona que está sola en el Emo's, un lugar al que mi familia viene tan a menudo que incluso tenemos una mesa a nuestro nombre. Este establecimiento es bar y restaurante. Las dos zonas están separadas por una doble puerta. El bar está abarrotado. Mis adorados Yankees juegan en casa. Han ganado ya los cinco primeros partidos de la temporada. ¿Por qué, me pregunto, habré aceptado quedar con Jason cuando podía estar viendo a Derek Jeter?

Sin pensarlo dos veces, abandono la mesa, el escenario de mi humillación y en el que he estado a punto de morir, y

le hago un gesto a la camarera para avisarle del cambio de lugar.

—¡Eh, Chas!

Algunos hombres, Jake, Santo, Paul, George, me llaman y, de alguna manera, consuelan así mi baqueteado ego. Teniendo cuatro hermanos, dos de los cuales son bomberos de Eaton Falls junto a mi padre, que es capitán, conozco a todos los hombres de la localidad menores de cincuenta años. Desgraciadamente, eso no ha jugado hasta ahora a mi favor, puesto que parece haber una ley que prohíbe salir con la chica de los O'Neill. Es decir, conmigo.

—Hola, Chastity —me saluda Stu, el camarero.

—Hola. Stu... ¿Me pones un...?

—¿Una cerveza sin alcohol? —me sugiere Stu, pues es lo que bebo normalmente.

—No, qué va. ¿Qué tal un Scorpion Bowl?

Stu me mira en silencio.

—¿Estás segura? Normalmente no lo preparo para una sola persona.

—Voy a ir andando a casa. Lo necesito, Stu. Y también unos nachos, por favor. Y que sea una ración grande.

Encuentro un taburete vacío y presto atención a los Bronx Bombers. Su alteza Jeter hace su característico salto, agarra la pelota y sortea a un jugador suficientemente estúpido como para pensar que era seguro dejar la segunda base. Doble juego. Gracias, Derek. Por lo menos, algo ha salido bien esta noche.

Stu me pone el combinado delante y yo bebo un largo sorbo y esbozo una mueca. Qué estúpido, Jason. Me gustaría haberle dejado antes de que me dejara él a mí. Sabía que no era el hombre con el que iba a terminar mis días, pero esperaba que fuera gustándome más a medida que pasaba el tiempo. Esperaba que tuviera algunas cualidades escondidas que me hicieran olvidar su piel pálida y pecosa y erradicar la insidiosa sospecha de que estaba saliendo con él porque no tenía otra opción mejor.

Pero no es eso lo que ha ocurrido. Otro trago al Scorpion Bowl y me arde la garganta. El alcohol parece decirme que no me preocupe por ese estúpido. Al fin y al cabo, es repugnante. Sí, es cierto. Pero ha sido él el que me ha dejado. ¡Qué rabia!

—Aquí tienes, Chastity —me dice Stu, dejando una montaña de nachos delante de mí.

El queso se resbala por los laterales, los jalapeños están pegados a la cumbre sobre una nube de crema agria, y, de repente, estoy tan hambrienta que olvido el episodio del champiñón.

—Gracias, Stu.

Tomo un puñado de nachos y les doy un mordisco. Estoy en la gloria. Otro sorbo de esa horrible bebida. En esta ocasión no me sabe tan mal, sobre todo al acompañarlo de otro bocado de nachos. Un agradable zumbido comienza a entumecer mi cerebro. Bien por el bueno de Scorpy. No había vuelto a probar esta bebida desde una desgraciada fiesta a la que asistí cuando estaba en la Universidad, pero estoy comenzando a recordar por qué era tan popular en aquel entonces.

El partido ha terminado y comienzan los anuncios. Vuelvo a dar otro bocado a los nachos, bebo otro sorbo del combinado y miro de nuevo hacia el restaurante. A través de las puertas, veo que hay un hombre atractivo sentado en la parte más cercana al bar. Aunque no consigo ver del todo a su acompañante, sí distingo que tiene el pelo blanco, lo que me hace pensar que es su madre, o, a lo mejor, su jefa. Realmente, es un hombre muy atractivo en ese estilo perfecto y un tanto aséptico de la revista del *New York Times*: educado en colegios privados, labios llenos, pelo rubio y ligeramente revuelto, buen cuerpo, cerca de un metro noventa... Incluso estando sentado, puedo calcular su altura, a no ser que le hayan amputado las piernas, por supuesto. Un metro ochenta y ocho, la altura ideal para un hombre. Dejando de lado a Jeter y a Viggo Mortensen ha-

ciendo de Aragorn en *El Señor de los Anillos*, ese tipo es, básicamente, mi hombre ideal.

Al mirarlo, mi corazón parece hundirse un poco más. Un hombre como él está completamente fuera de mi alcance. Por supuesto, no es que yo sea una bruja encorvada y con la cara plagada de verrugas, pero soy... bueno. A lo mejor, ¿un poco alta? ¿Pero no se lleva la altura? «Los diseñadores de moda adoran a las mujeres altas», me asegura mi Scorpion Bowl. Yo suelto un bufido burlón. A lo mejor adoran a las mujeres altas que pesan quince kilos menos que yo, pero aun así... Mejor medir un metro ochenta que medir uno sesenta. Y sí, soy fuerte. Y saludable. Tengo la envergadura de un camionero.

Suspiro. No, *Don New York Times* Sección Moda jamás se fijaría en mí. Y es una pena porque me estoy excitando un poco solo de verle masticar. Lo hace de forma muy sexy. Realmente sexy. Sí, es completamente cierto, jamás había visto a nadie masticar de una forma tan sensual.

Alguien se sienta a mi lado. Trevor. Genial. Me mira, me vuelve a mirar y me da la impresión de que no habría elegido este lugar si hubiera sabido que era yo la que estaba aquí sentada.

—Eh, Chas —me saluda amigablemente—, ¿cómo te va?

—Hola, Trevor, me acaban de dejar —anuncio.

Me arrepiento inmediatamente. Se suponía que tenía que sonar irónica y despreocupada, pero he fracasado miserablemente en el intento.

—¿Quién te ha dejado? No será ese tipo escuálido y pálido.

Asiento sin mirar a Trevor, que no es ni escuálido ni pálido, sino un hombre moreno con los ojos del color del chocolate e irresistible.

—¿Estás de broma? ¿De verdad te ha dejado?

Asoma una sonrisa a las comisuras de mis labios.

—Sí —reconozco—. Y gracias.

—Bueno, seguro que estarás mejor sin él —contesta Trevor—. Era un idiota.

Trevor solo ha estado con él en una ocasión, pero tengo que admitir que su afirmación ha dado en el clavo. No contesto y Trevor me mira con atención.

—¿Quieres que te lleve a casa, Chastity? —mira a su alrededor—. Supongo que ninguno de los chicos anda por aquí.

«Los chicos» son mis hermanos y mi padre, por supuesto.

—No —suspiro, un poco llorosa—. Solo me he quedado para ver a los Yankees.

—Muy bien, me quedaré contigo —contesta Trevor, tan solícito como siempre.

—Gracias, Trevor.

Pestañeo para reprimir las lágrimas que su ofrecimiento, y probablemente mi adorable Scorpion Bowl, invocan y me abofeteo mentalmente. Jason no se merece mi tristeza. Es solo que lo que me ha dicho... me duele. Aunque sea un idiota que apesta a pachulí.

—Ven, ahí hay una mesa.

Trevor agarra los nachos. Yo me aferro a mi Scorpion.

Trevor, que mide un metro ochenta y cinco, ocupa un lugar extraño en mi corazón. Por una parte, es como mi quinto hermano. Le conozco desde que estaba en tercer grado. Además, es el mejor amigo de Mark y de Matt, dos de mis cuatro hermanos. De hecho, Trevor pasa más tiempo con mi familia del que he pasado yo durante los últimos diez años. Trabaja con mi padre, al que reverencia, puesto que es su capitán. Trevor también es padrino de uno de mis sobrinos. Y podría decirse, dejando la biología a un lado, que es el hijo preferido de mi madre.

Por otra parte, y eso es probablemente lo que realmente importa, es Trevor. Trevor James Meade. Un bonito nombre para un hombre que también lo es. Y aunque ha estado muy unido a mi familia durante mucho, mucho tiempo, y

aunque le encuentro muy, muy atractivo, Trevor no es una posibilidad. «Ni siquiera pienses en ello», me aconseja Scorpy. Y Scorpy tiene razón.

Intentando no mirar a Trevor, desvío la mirada hacia Jeter, un metro noventa y dos, y hacia los otros miembros del equipo, pero el marcador va trescientos doce contra dos o algo parecido y los Yankees están en su undécimo bateador del partido, así que no es precisamente una jugada trascendental. Miro frente a mí. Trevor me dirige una fugaz sonrisa, pero parece un poco incómodo. Ni siquiera puedo recordar la última vez que hemos estado juntos a solas. ¡Oh, mierda, sí que me acuerdo! Fue cuando volvió a Nueva York y me dijo que iba a casarse. ¿Cómo puede olvidar una mujer algo así? Otro recuerdo sombrío y turbador. Suspiro, le doy otro sorbo a mi bebida y tomo otro puñado de nachos.

Trevor le hace un gesto a la camarera que, mujer al fin y al cabo, se fija en él inmediatamente, camina hacia nosotros, tropieza y se detiene bruscamente, encantada de que la haya llamado. Típico.

—¿Esa es tu primera copa? —me pregunta Trevor.

—Sí —contesto—. Es un Scorpion Bowl. Es bonita, ¿verdad?

Trevor sonrío más sinceramente en esta ocasión.

—Espero que no te importe que te acompañe a casa andando esta noche.

—En absoluto, bombero Meade —contesto con una sonrisa un poco empalagosa.

—¿Qué puedo servirte? —susurra la camarera en un tono de voz propio de Marilyn Monroe—. ¿Quieres una cerveza? ¿La carta de vinos? ¿Unos cuantos hijos y una hipoteca?

En realidad, no ha formulado abiertamente la última pregunta, pero se insinuaba claramente.

—Tomaré una cerveza —contesta Trevor, sonriéndole.

—Yo tomaré otro Scorpion Bowl —le pido.

—Me llamo Lindsey —la camarera toma aire y me ignora—, soy nueva.

—Encantado de conocerte, Lindsey —dice Trevor.

Yo no me molesto en contestar. En cualquier caso, no formo parte de la conversación. En la pantalla de la televisión, Jeter agarra la pelota por encima de la cabeza del jugador de la primera base y se lanza volando hacia la línea de la primera base, convirtiendo el punto en un doble. Tengo la impresión de que sabe que estoy deprimida y está haciendo todo lo posible por animarme. ¡Y ahora está llegando a la tercera aprovechando un descuido de un lanzador! Sí, está claro. Jeter me ama.

La camarera está deslizando un pedazo de papel en la mano de Trevor. Su teléfono, sin duda. Posiblemente también la talla del sujetador y los nombres que ha elegido para sus futuros hijos. ¿Qué pasa? ¿Soy invisible? ¿Cómo es posible que una mujer tan alta como yo sea invisible? ¿Y si Trevor y yo estuviéramos en una cita? Pero no lo estamos, ¡es imposible que lo estemos!

Trevor tiene al menos la elegancia de mostrarse avergonzado y mi irritación cede. No pasa nada, lo comprendo. Trevor, aunque no es un hombre particularmente guapo, es uno de esos tipos a los que las mujeres se rinden irremediablemente. Sus facciones, consideradas por separado, no son nada especial. Pero si las pones juntas, tienes el equivalente masculino a un postre de chocolate. Es poderosamente atractivo, un hombre absolutamente delicioso. Maldita sea.

Como unos cuantos nachos más y termino mi adorado Scorpy. A lo mejor debería intentar ser tan descarada como Lindsey, la sensual camarera. Al fin y al cabo, ella no ha estado aquí ni medio minuto y un bombero particularmente atractivo ya tiene su número de teléfono.

—Lo siento —me dice Trevor.

—¿Qué es lo que sientes?